

BUENOS DÍAS

Chapuceros de «brocha gorda»

SUELO coincidir algún que otro día, en este periódico, con un escritor de firma, o seudónimo, más o menos conocida, y que generalmente destaca por la «coba» que en sus trabajos suele dar a mucha gente. «Coba» que, como se comprenderá, porque ya nadie da nada gratis, va siempre dirigida a algún fin determinado, como pudiera ser conseguir algo para él o para sus amiguetes. Manolo Negrín, que es el encargado del archivo de EL DIA y que es un lector pertinaz y penetrante, se ha dado cuenta del dispositivo que viene empleando dicho «escriba», y cada vez que lee algo de él, suele preguntarme:

—¿Qué estará buscando ahora Fulanito de Tal (aquí el nombre del escritor)?

Y a continuación añade:

—¿No ha visto la coba fina que le viene dando hoy al alcalde o al gobernador?

Efectivamente, eso está claro, lo que ocurre es que algunos, sobre todo lo que escribimos para los demás, nos creemos que esos «demás» son tontos y se tragan todo lo que les echamos. Y debo decirles que no es así, que entre los lectores hay personas muy inteligentes, aunque ustedes no lo crean, e inmediatamente se dan cuenta por dónde derrota cada uno. Ponerse unas «orejas» para mirar nada más que hacia adelante, sin tener en cuenta los comentarios que surgen, o que pueden surgir, a la vera del camino, aparte de que es una práctica detestable, incluso con los asnos, puede dejarnos desasistidos de todo argumento.

Lo bueno que tiene el referido

«escriba», es que no se enfada, aunque le digamos lo que le digamos, que le decimos bastante, y siempre está con la sonrisa a flor de labios. Pero él va a lo suyo.

Puede que no sea éste el caso precisamente, pero hay algunos escritores o cronistas que a mí imaginariamente me parece verlos siempre por la calle con la brocha y el balde de la pintura, preparados por si hay necesidad de darle a alguien «un poco de barniz». Están dispuestos a emplear «la brocha» en cada momento, si consideran que pueden obtener algo de aquel al que van a barnizar. Lo malo es que lo hacen tan mal y emplean tal cantidad de barniz, que dejan al pobre personaje chorreando por todas partes. Pocos son los que saben dar la «coba fina», lo cual naturalmente tiene una técnica, para alcanzar la cual se necesita una gran profesionalidad. Y, claro, lo hacen tal mal, que enseña a guisa de les ve venir. ¿Qué es lo que me va a pedir hoy, que me elogia tanto?, suelen decir los más inteligentes, cuando el «cobista» se dispone a realizar su «trabajo».

Los hay, finalmente, los cobistas-suicidas o «kamikasis», que son los que vuelven la brocha contra sí mismos y se autoembadurnan. E igualmente existen los que dan brocha mediante convenio: es decir, yo te doy coba a ti y tú me la das a mí.

En fin, que cada uno haga de su brocha un sayo, pero que tengan en cuenta que se les nota bastante y que no todos somos tontos.

Florilán

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

Para los que me llaman por teléfono

RECIBO muchas llamadas por el teléfono. La mayor parte de ellas son para «darme temas»... según el comunicante. Pero, ¿es así?

No. Muchas de las veces, no. La gente me llama para comunicarme sus quejas o reclamaciones. Pero «las tuyas», que no interesan a los demás. A mí me gusta recibir estas llamadas, sean de la índole que sean. Aunque se refieran a quejas o reclamaciones personales. Lo malo es que muchas veces no me sirven como temas para mis artículos, y se pierden entre el comunicante y yo.

Los temas que me valen son los de interés general. Que un señor o una señora sufran determinadas molestias por determinadas circunstancias, no es tema que pueda valerme. Ahora, si se trata de algo que pueda constituir una molestia general, que afecte a mucha gente, sí cabe como tema y como comentario. Para buscarle solución o intentar que alguien la busque.

Acabo de recibir una de un señor que se queja de que en determinado lugar de Santa Cruz existe un «estanquito», dice, y

viene a ser un kiosco de venta de tabaco, que sólo deja unos cincuenta centímetros para el paso y cuando bajan el toldo lo cierra completamente.

Muy bien, señor. Usted me lo dice a mí, pero yo ¿qué puedo hacer? Escribir sólo para que, en lo sucesivo, al señalar y autorizar los emplazamientos de estos kioscos se impida que la cosa se repita, obligando a los constructores a respetar el paso suficiente para los peatones.

Muy bien. Pero en este caso, ¿qué más puedo hacer yo? ¿Pedir que el kiosco en cuestión sea derribado? ¡Imposible! ¿Entonces? El señor quedará satisfecho de haberme llamado por teléfono para comunicarme su queja. Yo, agradecido a la llamada por la confianza en mí que ello representa. Pero ninguno de los dos vamos a conseguir nada.

Por eso digo que las llamadas que se me hacen deben ser con miras a algo que, comentado por mí, pueda dar algún resultado positivo. Lo demás son desahogos, muy lógicos y estimables, pero perfectamente inútiles. Y yo puedo agradecerlos como he dicho, por la confianza en mí que revelan, pero no se puede esperar de ellas nada de utilidad para nadie. Cuando se trata de un problema, conflicto o necesidad general, que afecte a todo un grupo, un barrio o una colectividad cualquiera, vengan llamadas, que yo estoy dispuesto a recogerlas todas y hacer que lo que sea se resuelva o, por lo menos, se le preste atención.

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

Vertederos incontrolados e incontrolables

SEGUIMOS, día tras día, con los temas de siempre. A la contaminación sonora se une la ambiental y, también día a día, aumenta el número de vertederos incontrolados que, al parecer, son verdaderamente incontrolables.

A la vera de todos los caminos de la Isla, basuras y más basuras, resto de todo tipo que alcanzan su máximo esplendor —su triste estampa de abandono y desidia— allí donde se abre una vía pública a relativamente poco tráfico. Si el camión es de volquete, la operación es rapidísima pero, en caso contrario, tampoco hay que inquietarse: se lanzan las bolsas a la cuneta —o los viejos colchones y no menos viejas neveras y lavadoras— y, una vez más, carretera adelante y con el coche ligero.

No, no vamos a citar ejemplos pues, sin lugar a dudas, están perfectamente a la vista de todos, al alcance de cuantas personas sienten herida su sensibilidad por la falta de civismo de unos y la falta de actuación de quienes,

como autoridades que son, tienen en sus manos la solución del problema.

Ya en cierta ocasión apuntamos una de las posibles soluciones: la no deseada ni deseable de las sanciones. Pero, no lo dudemos, es la única que puede hacer entrar por vereda a los que se empeñan en que la basura impere en todas las ciudades y pueblos de la Isla, sobre todos los buenos campos de la Isla. Si hay que ser feroces con los feroces y tigres con los tigres, pese a no ser partidarios de tal sistema estimamos que, sin duda, habrá que emplear medidas drásticas con todos aquellos —pocos, ciertamente— que se comportan con total falta de civismo.

Por la limpieza de nuestras ciudades y campos tenemos que volver a la salud floreciente y feliz, a la justa alegría y victoria de la felicidad. Con la limpieza y el civismo tenemos que derrotar el vergonzoso mal —que se extiende rápido— de las basuras sobre toda la geografía isleña. Y, para imponer la limpieza, habrá

que imponer dureza. Con amor y palabras se salvan las almas, pero no se conservan los buenos modales, las buenas costumbres, el orden y la limpieza esenciales para el armónico desarrollo de una comunidad. A la Isla que lógicamente presume de turística —y por tradición también lo hace de limpieza— llega y se extiende un mal terrible que, con triste cartel de vergüenza, a todos confunde y aterra.

Sólo aspiramos a que sea considerada nuestra tierra y respetada —muy respetada y estimada— toda nuestra gente. Por eso nos duele, hondo en el corazón, ese mal apuntado, mal que, sólo de algunos, a todos nos avergüenza y duele, mal que nos hierde, y, ante los pocos medios de lucha, se extiende más y más.

Hay quienes piensan que la limpieza no es propia de la dignidad humana. Son pocos, ciertamente, pero para reducirles a la obediencia primera habrá que reducirles a la impotencia. Ellos tienen la incurable manía de creerse cuerdos y, lo que es peor, mantienen el alma sorda a toda

voz y ciega a toda luz. Contra esto hay que luchar con todo el ánimo, con toda la fuerza del espíritu.

Pero —siempre hay un pero— nos preguntamos si por los ayuntamientos se ponen al alcance del ciudadano los medios y servicios suficientes para mantener la limpieza en ciudades y pueblos; nos preguntamos si existe rapidez y eficacia en los servicios, si las recogidas son frecuentes y mantienen su ritmo periódico, si... ¿para qué seguir? Hay que luchar por recobrar la limpieza, la paz y la luz de la Isla toda. Todos, entidades y ciudadanos, tenemos que escoger, como deber y alegría, todo el trabajo; tenemos que acunar en la realidad esos sueños sencillos de limpieza que tan fáciles son de lograr.

Hagamos el firme propósito de luchar por el logro de algo grande y fácil, esa limpieza que añoramos, la eliminación de las basuras que repudiamos. Hagamos que, cada mañana, nazca en nuestros corazones el sol de la esperanza.

Juan A. Padrón Albornoz

PUNTOS DE VISTA

Zarandear al vicepresidente

LOS medios de comunicación nos han traído la tan curiosa como inesperada noticia de que el coche en el que viajaban el vicepresidente del Gobierno, don Alfonso Guerra, y su señora, juntamente con algunos de sus hijos, dirigiéndose al aeropuerto de La Coruña para regresar a Madrid después de unos días de vacaciones, había sido zarandeado amenazadoramente, se supone que pese a la presencia de la escolta correspondiente y que, acto seguido, los autores de tal hecho, rompiendo las puertas de seguridad de las pistas de aterrizaje, impidieron durante más de veinte minutos el despegue del avión. Hasta aquí, poco más o poco menos, la que, repito, resulta «curiosa noticia».

Ahora bien: A pesar de que vivimos en un país donde, quíerese o no se quiera, está imperando el que se ha dado en llamar pasotismo, creo sinceramente que hay cuestiones que en sí mismas encierran temas más que suficientes para no dejar, al menos, de comentarlas, que es lo que estoy haciendo en estos momentos, para expresar, como español que nada tiene que ver con el socialismo que nos gobierna —cuyas tesis respeto aunque no comparto—, mi más completa repulsa a tales actos, desconsideración, falta de respeto a los más elementales principios del orden más elemental, desde el momento en que, cabe preguntarse: Si lo que ha ocurrido ocurrió nada menos que al vicepresidente en

funciones de presidente del Gobierno de la Nación, ¿a dónde vamos a parar? Casos como éste, al menos que se conozcan, me resultan muy difícil admitir que puedan producirse en un país civilizado que, a mayor abundamiento, se ha integrado en esa vieja Europa, desde la cual sin duda alguna han de continuar viéndonos como a un pueblo que, a pesar de todos los pesares, tiene que resultarles tercermundista en la peor de sus acepciones. (¿Quién es capaz de imaginarse estas escenas, pongo por ejemplo, en Inglaterra, Francia, Alemania, etc., etc.?). Creo que nadie. Tampoco nosotros los españoles podemos concebir ni meramente admitir el suceso, porque somos absolutamente conscientes de que, aunque los tiempos han evolucionado enormemente desde el día en que el autor del refrán que asegura que «tranquilidad se deriva de tranca» se le ocurriera escribirlo, que tuvo plena actualidad, con todas sus consecuencias, pero que parece ha dejado de tenerla desde hace unos años, a ese refrán y a lo que supone y significa, habría que reactualizarlo total y absolutamente, porque, ya me dirá usted, amigo lector, si no ha llegado el momento, ante este hecho de total incividad, de no solamente sentir vergüenza ajena, sino de preguntarse qué medidas legales se han tomado con los autores, con sus dirigentes y, lo que es más, con las autoridades responsables.

Las mismas fuentes informativas dijeron que se trató de un grupo de obreros que protestaban por el hecho de la posibilidad de cierre de una fábrica, con el consiguiente riesgo de pérdida de sus puestos de trabajo. Esto, en sí mismo, ¿qué duda cabe?, es algo que a todos nos preocupa o debe preocuparnos muchísimo, sí, pero, ¿acaso pueden esgrimirse tales argumentos para atentar nada menos que contra la seguridad personal de todo un presidente del Gobierno en funciones, acompañado de sus familiares?

¿Es que vivimos en un país de locos de atar? ¿Qué culpa puede achacarse al señor Guerra, a su mujer y a sus hijos de que una empresa, por las causas que quiera que sean, haya decidido disminuir su plantilla laboral o de incluso cerrar la factoría?

¿Para qué existen los organismos, las leyes y los llamados a hacerlas cumplir? ¿Están de vacaciones en su totalidad? Estas y otras muchas preguntas más me parece que cabe hacerse, aunque, medítandolo serenamente, se lle-

ga a la conclusión de que... ¿para qué, si quienes deben actuar no actúan tal y como deben y tienen que hacerlo, parece que no lo hacen? Sólo que, quíerese o no se quiera, este estado de cosas es lo que se sitúa en las antípodas de la libertad, de la que se dice acertadamente que cuando no se emplea tal y como tiene que emplearse degenera en libertinaje.

Y esto, al menos bajo mi personal punto de vista, es lo que ha ocurrido en las proximidades del aeropuerto coruñés, donde inmediatamente debió darse el ejemplo de demostrar que si es verdad que «el movimiento se demuestra andando», la justicia debe demostrarse aplicándola a rajatabla en todas las ocasiones en que haya de ser aplicada, dejando ya de una vez los paños calientes y las blandenguerías que, según me parece, nada tienen que ver con la democracia de la que nos sentimos tan satisfechos y que, en casos como el que comento, se convierte en lo contrario, es decir, en antidemocracia con todas sus consecuencias.

Manuel Pérez Mesa



club La Prensa

Avenida Buenos Aires, 71
Edificio EL DIA

HOY JUEVES, 27 DE AGOSTO
A LAS 8 DE LA TARDE

Conferencia de don Restituto Ferrer Soto,
sobre «PRODUCTIVIDAD, CONSIGNA DE
NUESTRO TIEMPO. EL MODELO JAPONES».

El acto será presentado por don Julián Hernández Hernández.